

Alemania: estampas de amor propio y responsabilidad

MARIELLA CHECA*

Solo quiero decirle que Claudio tiene 28 años y vive hace ocho años en Europa, lo que quiere decir que es una persona madura y con un grado de cultura importante», dijo Claudio Pizarro Dávila defendiendo a su hijo, el exitoso goleador peruano, durante las controversias que despertó la negativa del «bombardero» a jugar por la Selección Nacional de Fútbol. No sé cómo le habrán caído estas palabras al público en general, pero a mí, que vengo de una estadía de cuatro años y medio en Alemania, me dejaron pensando. Me pregunté hasta qué punto realmente hace falta instrucción y madurez para sobrevivir y triunfar en el Viejo Continente, y en qué medida declaraciones como esta revelan una perspectiva subordinada en quien las hace y en quienes asumen automáticamente que todo aquello que viene o está afuera es mejor, un grupo que, entre nosotros, constituye una gran mayoría.

Sucede que quien llega a Alemania acostumbrado, como estamos los peruanos, a ver en el ciudadano extranjero a alguien a quien hay que engréir, proteger, acompañar y «ayudar», se da de bruces al ver que su presencia, en el mejor de los casos, ni siquiera llama la atención. Nadie se acerca a preguntarte quién eres o qué te lleva por allí. A nadie parece interesarle si ya viste los principales atractivos turísticos o si ya probaste los platos típicos y, por supuesto, nadie se ofrece de guía o compañía para el fin de semana. A lo sumo, uno escucha el tímido ofrecimiento: «Si necesitas algo, avísame». La queja que inevitable y reiteradamente uno escucha en cuanta reunión de latinoamericanos se realiza es: «Son individualistas, son fríos, son egoístas».

Cuesta años de ojos y oídos bien abiertos entender que esos rasgos en los que nosotros vemos egoísmo son, desde el punto de vista teutón, más bien expresiones de valoración y respeto. Valoración porque se parte de la premisa de que cada ser humano tiene las capacidades suficientes para asumir la responsabilidad de su propia vida, y respeto en tanto solo se ingresa al universo del prójimo previa cita e invitación, cuando este ha identificado que necesita una mano amiga y así lo hace saber. Y ese criterio es válido desde la familia, donde resulta inaceptable ver eternamente en los hijos a aquellos pequeños débiles, inseguros, incapaces de autosostenerse que alguna vez fueron y que necesitan, por lo tanto, de la ayuda vitalicia de sus padres para poder sobrevivir. Tampoco los padres consideran que los hijos tengan el deber de cargar con su posterior decaimiento de fuerzas, y por eso se preocupan desde la juventud de tomar las medidas necesarias para envejecer dignamente y sin la necesidad de caer sobre los hombros de nadie. Ciertamente, el sistema social constituye un colchón que brinda seguridad a cada individuo, pero cada cual se preocupa también por cumplir con los requisitos que le aseguran los beneficios del sistema. La solidaridad no consiste pues en asumir las responsabilidades de otro, sino en cumplir con los propios deberes para garantizar el funcionamiento de un mecanismo que, en la medida en que se mantenga eficiente, beneficiará a todos.

Trasladados al entorno académico, estos valores se manifiestan en la libertad y responsabilidad que tienen los alumnos universitarios de tomar todas y cada una de las decisiones que conciernen a su formación. Nada de currículos preestablecidos, nada de horarios impuestos. Ni pensar en profesores dueños del conocimiento que difunden desde el pupitre la verdad sacrosanta del libro único, de LA teoría certera. Nada de paporreteo, ni oral ni escrito, y nada de oficinas administrativas encargadas de llevar la contabilidad del rendimiento del alumno. Solo cronogramas con lapsos y plazos y tres documentos: el reglamento de estudios, el reglamento de exámenes y el índice de seminarios. El alumno asume, en función de sus posibilidades e intereses, aunque siempre dentro del marco de los requisitos que pone la institución educativa, la responsabilidad de su propio destino académico. Después de todo, a nadie más que a él puede interesarle que su paso por las aulas le sea propicio, y los

buenos resultados requieren del propio esfuerzo. Esto implica elegir los seminarios a los que asistirá, definir los temas que expondrá en clase, proponer los temas y la bibliografía que preparará para los exámenes y participar activamente en las discusiones que son la base de la metodología educativa, para aprender de esta manera a analizar las ideas que se proponen y a defender con argumentos los puntos de vista propios. Acostumbrados a ver que el cumplimiento de sus deberes es la base para el ejercicio de sus derechos, estos alumnos se convierten, por lo general, en ciudadanos responsables, capaces de emitir una opinión y, armados de sólidas bases, de reclamar a sus autoridades que cumplan el encargo de trabajar por su bienestar.

De hecho, el desarrollo de los potenciales del individuo y el logro de su autonomía son los objetivos explícitos de la educación desde el kindergarden. Requisito indispensable para lograrlo es la participación activa de quien se educa en el diseño de sus aprendizajes. Esto, porque lo que se quiere es formar ciudadanos capaces de vivir en democracia. En opinión de Herbert Gudjons, uno de los autores más consultados entre quienes se preparan para formar parte del magisterio alemán, «una educación para la independencia es impensable sin la participación crecientemente activa de los destinatarios de esta y sin el trabajo del educador respecto de los valores y expectativas de los mismos niños y jóvenes, pues aquellos están sujetos a los cambios que vienen con el paso del tiempo». El autor hace énfasis, asimismo, en la concordancia que debe haber entre los objetivos y el estilo del sistema educativo: «Si se quiere ciudadanos para la democracia, el modelo educativo no puede ser autoritario».

Percibiendo la consideración que los adultos dan a sus juicios y opiniones, en base a la confianza que padres, maestros y autoridades en general muestran en sus capacidades, a partir de la práctica en la toma de decisiones y de la asunción de las consecuencias de estas, los niños y los jóvenes aprenden a creer en sí mismos, a sentirse capaces de enfrentar las situaciones de la vida y, por lo tanto, a asumir las riendas de su destino, sin esperar que las respuestas y soluciones a los problemas vengan de un salvador que puede o sabe más, sea este un familiar en lo cotidiano, el jefe en lo laboral, o un presidente en lo político.

Es cierto que, llevada a un extremo, esta autosuficiencia puede convertirse en perfeccionismo intolerante e inhumano, en arrogancia o en indiferencia, pero lo rescatable aquí es una filosofía que parte de la valía y responsabilidad de los individuos para alcanzar el bienestar social. Quien se valora y quiere ser valorado, valora su palabra y la hace valorar siendo consecuente con lo que dice y cumpliendo con lo que ofrece. Quien estima al prójimo, estima su tiempo siendo puntual y respetando fechas y plazos; valora sus esfuerzos y saberes remunerando adecuadamente su trabajo, y toma en cuenta su espacio no inmiscuyéndose en su vida privada ni invadiendo su descanso. Si la persona tiene claro que la ley está hecha para hacer posible que todos participen del orden establecido en igualdad de condiciones y oportunidades, la respeta y la hace respetar; y en tanto se reconoce parte de la naturaleza y entiende que su vida solo es posible a partir de ella y dentro de ella, contribuye a su cuidado y conservación.

A partir de lo expuesto, es difícil llegar a una conclusión respecto de la madurez y grado de instrucción de nuestro gran goleador. Lo que sí es posible afirmar, sin lugar a dudas, es que la supervivencia en un medio extraño reclama esfuerzos de adaptación y que estos implican aprendizajes. Aprendizajes que responden a necesidades y circunstancias diferentes, que en este caso poco tienen que ver con las que reinan en nuestro medio. Entre nosotros, la realidad reclama, entre otros rasgos, creatividad, reacciones rápidas, flexibilidad y capacidad de improvisar, y yo, que no sé nada de fútbol, me aventuro a pensar que mucho de todo ello constituye también parte importante del aporte que nuestro compatriota hace en las canchas europeas y que le merecen la aprobación y el aplauso de hinchas y dirigentes. Por si tal planteamiento fuera certero, y dejando ya de lado la vida y milagros de nuestro exitoso deportista, me atrevo incluso a ir más allá y proponer que tal vez sea el reconocimiento de nuestras capacidades y potenciales un momento imprescindible en el camino hacia el logro de una sociedad más justa y equitativa, en donde cada cual se sepa y se sienta poseedor de virtudes y fortalezas a partir de las cuales no solo salir adelante, sino también aportar, y no el eterno desfavorecido, víctima o «menor de edad» incapaz de avanzar sin la ayuda de otros o, peor aún, licenciado por sus supuestas carencias para pasar por encima de los derechos de los demás. ■